



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA



*Detalle del primer retrato
de Juana Inés de la Cruz
religiosa de la orden de San
Jerónimo, poeta, escritora,
pensadora y mucho más en
el México del siglo XVII.
Fue pintado hacia 1750
por Miguel Cabrera
(1695-1768).*

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

SE206243

EDITORIAL

Las mujeres del Concilio

Mujeres del universo todo, cristianas o no creyentes, a quienes os está confiada la vida en este momento tan grave de la historia, a vosotras os toca salvar la paz del mundo. Son las palabras de **Pablo VI** en su Mensaje a las Mujeres al concluir el Concilio Vaticano II. Era el 8 de diciembre de 1965, fiesta de la Inmaculada Concepción y son unas palabras que, décadas después y en unos tiempos así de convulsos, revisitamos con prudencia. El Concilio Vaticano II comenzó el 11 de octubre 1962. Se trató de un evento espiritual, histórico y marcó una época. Y en el que, por primera vez, participaron como auditoras 23 mujeres, 10 de ellas religiosas y las otras 13 laicas.

Este mes dedicamos nuestro número de *Donne Chiesa Mondo* a aquellas mujeres que fueron elegidas no por representación, sino por competencia y rol y que no pudieron hablar, pero batallaron en las comisiones.

Porque en los años en los que el papel de la mujer en las sociedades occidentales estaba cambiando profundamente, fueron protagonistas y precursoras.

Hablamos de mujeres cuyas historias cuestionan el hoy de la Iglesia y de la fe; mujeres consideradas “devotas” y también mujeres tachadas de “herejes”.

Comencemos con una de las madres del Concilio, la australiana **Rosemary Goldie** con un retrato escrito por una de sus amigas, la teóloga **Cettina Militello**.

Otras de las protagonistas de este mes practican la paz y no temen emprender caminos difíciles de diálogo. Instintivamente construyen puentes, incluso cuando se instrumentalizan con fines políticos. Véase **Constanza de Staufen**, devota emperatriz bizantina, hija de **Federico II de Suabia**, abocada a un matrimonio de conveniencia al servicio de su padre, quien fue condenado por **Inocencio IV**.

Regresando al presente, encontramos una figura como la comboniana **Azzet Habtezzghi Kidane**, para todos sor **Aziza**, eritrea que trabaja en Jerusalén. Este donde, con perseverancia, mantiene un diálogo con todos que dura ya veinte años. Trabaja para garantizar que las mujeres que han tenido que huir de su tierra en África obtengan lo que les pertenece por derecho, es decir, asilo político y un futuro trabajando después de haber sufrido terribles experiencias de abuso sexual, tortura y esclavitud. Y no pocas veces a las mujeres les toca pagar con su propia vida un testimonio de fe y de humanidad. Así les sucedió a las cuatro hermanas de **Madre Teresa** asesinadas en 2016 en Yemen.

Poco antes de morir escribieron, junto con la quinta superviviente, a sus hermanas en Roma: “Cuando los bombardeos son fuertes nos escondemos debajo de las escaleras, las cinco siempre unidas. Juntas vivimos y juntas morimos con **Jesús, María** y nuestra Madre”.

SUPLEMENTO
Vida Nueva



Hace sesenta años, el 11 de octubre de 1962, comenzaba el Concilio Vaticano II. La Secretaría de Estado había enviado invitaciones a 85 cardenales, 8 patriarcas, 533 arzobispos, 2.131 obispos, 26 abades, 68 religiosos, además de secretarios, expertos y consultores. En la ceremonia inaugural participaron 2.540 de los 2.908 convocados. “¿Dónde está la otra mitad de la Iglesia?”. Es el 22 de octubre de 1963 cuando el cardenal belga Léon-Joseph Suenens plantea así la cuestión de la presencia de la mujer en el Concilio Vaticano II. Pablo VI recogió el guante y el 8 de septiembre de 1964 anunció que habría un grupo de mujeres en el Concilio, en concreto, 23, 10 religiosas y 13 laicas que serían auditoras. Significa que no podrían ni intervenir, ni hablar. Serían las “madres conciliares”. Entre ellas estaba Rosemary Goldie, una teóloga australiana, figura histórica para la Iglesia en muchos sentidos. Con su nombramiento en 1966 como subsecretaria del Consejo de los laicos, fue la primera mujer en ocupar un puesto de alto rango en la Curia Romana. En el libro “Mirar la teología del futuro. Desde los hombros de nuestros gigantes”, de Marinella Perroni y Brunetto Salvarani publicado por Claudiana, lo cuenta Cettina Militello, que fue su discípula y amiga.

DE CETTINA MILITELLO

Si alguien le hubiera dicho que era una gigante, **Rosemary Goldie** habría sonreído y tal vez habría hecho algún comentario mordaz al más puro estilo anglosajón. Sí, porque, aunque australiana, quería ser parte de la cultura de una ya lejana madre patria. Me hizo sonreír cuando se llamó a sí misma “súbdita” de **Isabel II**. Rosemary realmente no era una gigante, sino más bien pequeña y menuda, al menos en apariencia. Por eso, el Papa **Juan** la llamaba “pequeñita”. Su tozudez sí que fue gigantesca. Tenía una clara conciencia de sí misma y de su misión y ambas las manejó con sabia firmeza. Ella misma narró su historia en un libro editado en Italia con el evocador título de *From a Roman Window (Desde una ventana romana)*. La portada la muestra frente a la ventana de lo que ella llamó “su oficina”. La versión en inglés el texto es más larga, porque quería que sus compatriotas conocieran datos y eventos del catolicismo que no les eran tan familiares como a los italianos. Para empezar, lo que era un Concilio. Durante mucho tiempo ella misma fue considerada como “una reliquia del Concilio” por ser una de las 23 mujeres que tuvo el privilegio de participar como auditora laica. Como superviviente de aquella experiencia y de aquellos tiempos también acudió al Sínodo extraordinario de 1985 que celebró el vigésimo aniversario del Concilio.

De Sidney a Roma

Rosemary, nacida en Manly cerca de Sydney, el 2 de febrero de 1916, fue la última de los cuatro hijos de la periodista neozelandesa **Dulcie Deamer** y de **Albert Goldie**, director de publicidad de la J.C. Williamson Theatre





Una “reliquia” gigante del Vaticano II

La australiana Rosemary Goldie ejerció de auditora en la cita eclesial

Company. La relación entre sus padres fue mal y ella terminó criándose con su abuela materna, **Mabel Deamer**, quien la inició en la fe. Las hermanas del colegio de Nuestra Señora de la Misericordia en Parramatta también contribuyeron a su formación. La relación con su madre, una personalidad bohemia en el Sydney de los años veinte, no fue fácil, más bien tortuosa porque había estado prácticamente ausente de la vida de su hija.

Después de completar sus estudios en Literatura inglesa y francesa en la Universidad de Sydney, Rosemary obtuvo una beca que la condujo hasta Europa en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. En París, en la Sorbona, fue alumna de **Jacques Maritain**. En Francia entró en contacto con Grial, una asociación de mujeres laicas católicas, y con Pax Christi Romana, una asociación internacional de estudiantes y licenciados católicos. Al regresar a Australia durante la guerra, impulsó el nacimiento de ambas asociaciones a nivel local y al mismo tiempo obtuvo un Máster en Artes que le permitió tener una breve experiencia docente. De nuevo, y gracias a otra beca, pudo volver a París para obtener un doctorado en literatura francesa, estudios que nunca completó. Después se marchó a Friburgo y trabajó para Pax Christi durante seis años.

Recaló en Roma en octubre de 1952 invitada por **Vittorino Veronese**, presidente

de Acción Católica y entonces director general de la Unesco, para colaborar con el Secretariado de Copcial (Comité Permanente de los Congresos Internacionales para el Apostolado de los Laicos). Participó en el primer congreso el año anterior y trabajó en la preparación del segundo, una especie de asamblea general de la intelectualidad laica que se anticipaba así al Vaticano II.

El congreso de 1957 fue una clara señal de esa conciencia laical que tendría su carta magna en *Apostolicam Actuositatem* y que fue un preludio de esa readquisición de la categoría teológica de pueblo de Dios que la *Lumen Gentium* reconoció como previa de todos los bautizados, independientemente de las distinciones posteriores. Además de con Vittorino Veronese, en ese tiempo conoció al futuro cardenal **Joseph Cardijn** y a **Giovanni Battista Montini**, el futuro **Pablo VI**.

Teóloga pese a todo

Durante el Concilio Vaticano II, cuando se abrió la asistencia a los auditores laicos y cuando se consultó a la secretaria del Copcial, Rosemary Goldie participó en su elección y de este modo abrió la posibilidad de que las mujeres fueran incluidas entre los auditores. Me contaba cómo, vestidas de negro y con velo, las auditoras laicas estaban en un área reservada para

ellas. No tenían ni voz ni voto y, ni siquiera podían encontrarse con los demás padres o auditores en los descansos. Para las mujeres había un bar separado, solo para ellas.

Aunque a los auditores no les permitían hablar durante las sesiones públicas, no era así en el caso de los círculos de estudio. Rosemary Goldie participó activamente en el llamado “Grupo Ariccia”, aquel que llevó a buen término el esquema XIII, nuestra *Gaudium et Spes*. Le pregunté varias veces por qué dentro de ella y más en general en los textos del Concilio no había más espacio para la condena del sexismo o por qué no se había expresado más claramente sobre la igual dignidad de hombres y mujeres en la sociedad y en el Iglesia.

Respondió con franqueza: “Pensamos que la cuestión había quedado superada, que estaba de más hablar de ello”. [...] Se engañaban a sí mismas, ¡y cómo! Sin embargo, Rosemary habría respondido a **Yves Congar** que quería incluir una referencia a las mujeres en *Apostolicam Actuositatem* comparándolas con la delicadeza de las flores y los rayos del sol: “Padre, deje a las flores. Lo que las mujeres quieren de la Iglesia es que se les reconozca como personas plenamente humanas”. [...]

Tras la celebración del III Congreso de la Copcial, tomó forma la idea de dar vida a un organismo en la Curia romana. Así fue como en 1967 se instituyó *ad experimentum* el Pontificio “Consilium de laicis” y ➔

→ Rosemary fue una de sus subsecretarias, un cargo en la Curia hasta ahora desempeñado solo por eclesiásticos. Ejerció esta tarea con dedicación y competencia hasta 1976 cuando el *motu proprio Apostolatus peragendi* puso fin al *experimentum*. Entonces el organismo fue devuelto a los estándares de la Curia con un eclesiástico como subsecretario. La tarde anterior a la promulgación, Rosemary fue informada por el Secretario de Estado de su nombramiento como profesora titular en el Instituto Pastoral de la Pontificia Universidad Lateranense. Comenzó a impartir un curso sobre el apostolado de los laicos. Rosemary, aunque lo cuenta de forma dulcificada, protestó enérgicamente a Pablo VI.

Entre otras cosas, el “Consilium” también cambió su nombre. Ya no era “de laicis”, sino “pro laicis”, es decir, estábamos ante un resurgimiento del paternalismo. De nuevo, se había purgado a las mujeres. En *Desde una ventana romana*, Rosemary señala cómo en su puesto, en el año 2000, todavía no había ninguna mujer. Solo con la llegada del Papa **Francisco** fueron nombradas varias en distintas congregaciones. En realidad, los años setenta estuvieron marcados por posturas de Pablo VI que resultaron algo dolorosas, lo digo en sentido subjetivo y objetivo. Una de las cuestiones espinosas, sumida en la nada del prejuicio clerical, se refería a la mujer y su lugar en la Iglesia. Entre 1974 y 1975 Rosemary fue secretaria de la Comisión de Estudio sobre “La Mujer en la Iglesia y en la Sociedad” instituida por el Papa Pablo VI con la tarea de estudiar la función específica de la mujer en la sociedad, las relaciones hombre-mujer, la auténtica promoción de la mujer y la posición de la mujer en la Iglesia. Además, la Comisión participó en la preparación de actividades relacionadas con el Año Internacional de la Mujer en 1975. Rosemary hablaba de esta Comisión sin entrar en detalles, pero quedaba claro que la iniciativa había fracasado.

Es bien conocido cómo la Comisión no se puso de acuerdo y cómo al final se publicó un documento minoritario que no abordaba ni solucionaba ninguno de los problemas que se vislumbraban en el horizonte. Rosemary se hizo popular por enseñar teología a los laicos en el Instituto de Teología Pastoral, del que también era vicedirectora. La primera profesora fija en una universidad eclesiástica romana se encontró enseñando una materia para la que no se había preparado profesionalmente, en un idioma que no era el suyo y que ni siquiera había estudiado con regularidad.

Dejó oficialmente este cargo por edad en 1986, aunque continuó durante muchos años dirigiendo las tesis de los estudiantes de habla inglesa. Durante estos mismos años fue consultora del Pontificio Consejo para los Laicos y del Secretariado para la Unión de los Cristianos. También fue miembro de la delegación de la Santa Sede para las asambleas del Consejo Ecuménico de Iglesias en Uppsala (1968) y en Canberra (1991), y para la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer en Ciudad de México (1975).

Con paciencia completó la ordenación de su archivo en una oficina cada vez más estrecha, valiosísimo en la parte relativa al Concilio Vaticano II. Murió el 27 de febrero de 2010 en Randwick, en la casa de las Hermanitas de los Pobres que había elegido como residencia en 2002, la misma donde había muerto su madre treinta años antes. Admiraba mucho a las religiosas que la cuidaban. Me dijo: “¡Son capaces de hacernos bailar en la silla de ruedas!”. **Benedicto XVI** la visitó allí en 2008. Cabe señalar un último detalle. Rosemary Goldie no era feminista, diría que hasta el final siguió siendo una “mujer de la Curia”. Cuando se le preguntó a principios de la década de los 90 sobre la cuestión del ministerio, expresó personalmente su opinión favorable sobre el diaconado femenino a **Juan Pablo II**. Una opinión que no fue bienvenida. De hecho, a partir de ese momento ya no se la consultó como antes. Creo poder decir respecto a ella, teóloga a pesar de sí misma, que el sentido común y la vida van haciendo madurar en honestidad intelectual y en posiciones “feministas”.

Para ella, como para otras pioneras, la discriminación nunca curada que las mujeres seguían afrontando en la Iglesia era intolerable. [...]

Una gran lealtad a la Iglesia

Las figuras gigantes también deben ser evaluadas por lo que nos han dejado. Las huellas de Rosemary –me refiero obviamente a la escritura– no son muchas. Tenemos el citado *De una ventana romana* y un ensayo sobre el heroísmo integral en la línea de Péguy. [...] Es **Pietro Doria** en *Tantum aurora est* quien destaca cómo ella fue la más activa y prolífica entre los auditores del Vaticano II. Primera en la presencia y primera en proponer variantes verbalmente o por escrito tanto en relación con *Apostolicam Actuositatem* como en relación con *Gaudium et Spes*. Ella narra cómo de “auditora” pasó a ser “hablante” en el sentido de que se le pidió que hablara frente a los obispos, fuera del aula, por supuesto.

Y como esto suscitó estupor, como si se hubieran invertido los roles entre la jerarquía y los laicos, fue el futuro Juan Pablo I, **Albino Luciani**, entonces Patriarca de Venecia, quien tuvo que callar a los que intervinieron preocupados, –él era un asistente eclesiástico de Acción Católica–, con una carta que ella misma cita.

Me gustaría cerrar este escrito con la construcción del gigante que fue Rosemary refiriéndome a la palabra “Mujer” del Nuevo Diccionario de Liturgia. [...] Rosemary no dio ningún giro “feminista” a pesar de que tenía muy claros los problemas de la liturgia. Unos años antes nos habríamos limitado a constatar cómo las



Mensaje de Pablo VI a las mujeres en la clausura de la cumbre que cambió la Iglesia

mujeres constituyen gran parte de la asamblea litúrgica o destacado su importancia en la oración de la iglesia comenzando por María y las santas vírgenes y mártires y excepcionalmente por las que no son “ni vírgenes ni mártires”. Pero el Vaticano II cambió la situación, subrayando cómo todos los miembros de la familia de Dios están llamados a una participación plena, fructífera y activa, incluidas las mujeres. Rápidamente se van cumpliendo las etapas del camino inclusivo a partir del Concilio. A esto le sigue un examen del papel litúrgico de la mujer en la Biblia y en la tradición. En lo que respecta al Nuevo Testamento, carece de las herramientas que poseemos hoy.

Da un amplio espacio a las diaconisas en la tradición oriental y plantea la cuestión de la ordenación sacerdotal de mujeres, aunque con interrogantes. Por un lado, surge la reivindicación de una mayor presencia y protagonismo de la mujer, de la que se hizo eco tanto el Sínodo de 1971 como la Comisión de Estudio encargada por Pablo VI dirigida por Monseñor **Barboletti**. Y, por otro lado, solo puede recoger la opinión de Inter Insigniores que rechaza la supuesta inferioridad e impureza de la mujer, pero vincula la representación *in persona Christi Capitis* a la masculinidad del ministro. Rosemary observa cómo este argumento deja a muchos la sospecha de una antropología que niega la dignidad de la mujer al atribuir la facultad de ser “jefe” solo al varón. Concluye considerando el problema teológico de la ordenación como un “problema abierto”. Sigue un largo examen de los espacios litúrgicos que la legislación vigente dejaba a la mujer, con excepción del papel de acólita.

Un párrafo *ad hoc* de este largo punto espera que el cambio de práctica implique también un cambio de mentalidad. Finalmente, presenta la doctrina y práctica de las demás comuniones cristianas. Y registra a este respecto lo positivo que surge de la relación mutua entre las iglesias más allá de la cuestión de la ordenación. Los intercambios y las relaciones se han intensificado, así como “el crecimiento de una capacidad de expresión, de una creatividad no solo masculina, sino también femenina [...] una creatividad que naturalmente debe permanecer dentro de los límites de la fe y de la disciplina de los católicos Iglesia”, escribe.

Estas últimas palabras demuestran su gran fidelidad a la Iglesia a la que ha servido hasta el final con abnegación y competencia, sin por ello rebajarse a una

Y ahora es a vosotras a las que nos dirigimos, mujeres de todas las condiciones, hijas, esposas, madres y viudas; a vosotras también, vírgenes consagradas y mujeres solas. Sois la mitad de la inmensa familia humana. La Iglesia está orgullosa, vosotras lo sabéis, de haber elevado y liberado a la mujer, de haber hecho resplandecer, en el curso de los siglos, dentro de la diversidad de los caracteres, su innata igualdad con el hombre. Pero llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzado hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a que la humanidad no decaiga. Vosotras, las mujeres, tenéis siempre como misión la guarda del hogar, el amor a las fuentes de la vida, el sentido de la cuna. Estáis presentes en el misterio de la vida que comienza.

Consoláis en la partida de la muerte. Nuestra técnica corre el riesgo de convertirse en inhumana. Reconciliad a los hombres con la vida. Y, sobre todo, velad, os lo suplicamos, por el porvenir de nuestra especie. Detened la mano del hombre que en un momento de locura intentase destruir la civilización humana. Esposas, madres de familia, primeras educadores del género humano en el secreto de los hogares, transmitid a vuestros hijos y a vuestras hijas las tradiciones de vuestros padres, al mismo tiempo que los preparáis para el porvenir insondable. Acordaos siempre de que una madre pertenece, por sus hijos, a ese porvenir que ella no verá probablemente. Y vosotras también, mujeres solitarias, sabed que podéis cumplir toda vuestra vocación de entrega. La sociedad os llama por todas partes. Y las mismas familias no pueden vivir sin la ayuda de aquellas que no tienen familia. Vosotras, sobre todo, vírgenes consagradas, en un mundo donde el egoísmo y la búsqueda de

placeres quisieran hacer la ley, sed guardianes de la pureza, del desinterés, de la piedad. Jesús, que dio al amor conyugal toda su plenitud, exaltó también el renunciamento a ese amor humano cuando se hace por el Amor infinito y por el servicio a todos. Mujeres que sufrís, en fin, que os mantenéis firmes bajo la cruz a imagen de María; vosotras, que tan a menudo, en el curso de la historia, habéis dado a los hombres la fuerza para luchar hasta el fin, para dar testimonio hasta el martirio, ayudadlos una vez más a conservar la audacia de las grandes empresas, al mismo tiempo que la paciencia y el sentido de los comienzos humildes. Mujeres, vosotras, que sabéis hacer la verdad dulce, tierna, accesible, dedicaos a hacer penetrar el espíritu de este Concilio en las instituciones, las escuelas, los hogares, y en la vida de cada día. Mujeres del universo todo, cristianas o no creyentes, a quienes os está confiada la vida en este momento tan grave de la historia, a vosotras toca salvar la paz del mundo.

8 de diciembre de 1965

sumisión acrítica. Comparando la entrada en el diccionario con lo que ella escribe, del camino que ella misma ha hecho emerge en un enfoque cada vez más centrado en la condición de la mujer en la Iglesia. Quizá sin saberlo, gracias a su fidelidad, las mujeres han podido ser y sentirse Iglesia, ya sea adquiriendo formación y profesionalidad académico-teológica, o participando en la toma de decisiones.

En la Curia romana no van más allá del papel de “subsecretaria” (el libro se publicó antes del nombramiento de sor **Alessandra Smerilli** como secretaria del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano

integral el 23 de abril de 2022) porque la permanencia de la estructura clerical así lo exige. Se ha multiplicado la presencia de la mujer como “consultora” en las distintas congregaciones. Varias están presentes en la Pontificia Comisión Bíblica y en la Comisión Teológica Internacional, así como en las “Academias Pontificias”. Una mujer ha sido nombrada subsecretaria del Sínodo de los Obispos y con derecho a voto. Seguro que el techo de cristal no se ha roto, pero no aguantará mucho más. La presencia cualificada de laicos y laicas no es una opción, sino una condición *sine qua non* para el presente y el futuro de la Iglesia.



Las cuestiones heréticas

Un libro reabre el debate sobre las condenas al genio femenino

El 1 de junio de 1310 fue quemada una joven filósofa, la beguina de Valenciennes **Margherita Porete**. En 1524 la mística **Isabel de la Cruz** fue juzgada y posteriormente condenada a cadena perpetua por la Inquisición de Toledo. A mediados del siglo XVII las cultas religiosas jansenistas de Port Royal fueron deportadas por el arzobispo de París. En 1.912 la obra de la inquieta teóloga **Antonietta Giacomelli** (*Adveniat Regnum Tuum*) que quería impulsar una reforma litúrgica en la Iglesia fue considerada peligrosa y apartada en el Índice de libros prohibidos. Estas son algunas de las protagonistas de este libro, mujeres audaces que se atrevieron a enfrentarse a los tribunales eclesiásticos o que fueron juzgadas por no ajustarse a las directrices de la ortodoxia católica. Se las etiquetó como “herejes”.

Así comienza el libro *Herejes. Mujeres que reflexionan, se atreven, resisten* (ed. Mulino) de **Adriana Valerio**, teóloga e historiadora. La autora destaca que el tema “mujeres y herejía es siempre complejo”. “No puede considerarse una categoría definida, porque los límites de la ortodoxia no son precisos y dependen de quien cree poseer la verdad—, porque es un concepto relativo en tanto en cuanto está ligado al dinamismo de la Historia, a los sujetos que la interpretan, a los contextos teológicos y políticos y a los cambios culturales y religiosos”. Profetisas, místicas, falsas santas, brujas, reformadoras y librepensadoras habitan el vasto pueblo de las herejes,

pero el libro se centra en algunos casos “enmarcados dentro de una propuesta de cambio y reforma en la Iglesia”. Aquí hay algunas mujeres citadas por Valerio.

Margarita Porete

En París, el 1 de junio de 1310, una joven, la beguina de Valenciennes **Margarita Porete** fue quemada junto con su libro *El espejo de las almas simples*, juzgado como herético por algunos extractos. A ella, sometida a juicio por el inquisidor francés, el dominico **Guillaume Humbert**, se le permitió arrepentirse para escapar de la muerte, pero se negó a abjurar y fue entregada al brazo secular. Se suponía que la hoguera borraría la memoria de la mujer y su escritura, pero afortunadamente algunos ejemplares se salvaron y circularon de forma clandestina por Europa hasta que la estudiosa **Romana Guarnieri** lo redescubrió en 1946. Margarita no pretendía la eliminación de la institución, sino que proponía la convivencia de dos formas de pertenencia a la Iglesia: una marcada por la necesidad de una vida sometida a reglas, devociones y obras virtuosas; y otra caracterizada por

la libertad de quien, uniéndose a Dios en el amor que todo lo envuelve, logra disfrutar de la libertad

Guglielma de Bohemia

Tenemos poca información sobre **Guglielma** ya que su historia solo puede trazarse a través de los juicios inquisitoriales de 1300, veinte años después de su muerte. Sabemos que en Milán esta mujer de clase social alta había creado lazos con la abadía cisterciense de Santa María di Chiaravalle que le había permitido vivir en una casa cerca de la parroquia de San Pietro all'Orto. Aquí pronto reunió a su alrededor a una comunidad de creyentes que la veneraban como maestra y santa. La muerte de Guglielma el 24 de agosto en 1281 o 1282, marcó el inicio de un proceso de santificación: la tumba trasladada a la abadía se convirtió en un lugar de oración y reunión; los monjes acogían a numerosos peregrinos que acudían para escuchar sus predicaciones y celebrar en honor a la mujer fomentando así su culto. Los devotos, por tanto, no eran considerados herejes, sino fieles hijos del Espíritu. Guglielma pasó





De izquierda a derecha: Édouard Moïse, "Inquisition", 1873. Paul Delaroche, "Juana de Arco interrogada por el Cardenal de Winchester en su prisión". Francisco de Goya, "Sábado de brujas", 1797. Thompkins H. Matteson, "Juicio de George Jacobs 5 de agosto de 1692". Abajo, Bonifacio Bembo, "La papessa Giovanna".

de santa a hereje en pocos años y se abrió un juicio contra ella y sus discípulos en 1300. Santa en vida y hereje después de muerta, venerada y perseguida, el camino humano de Guglielma derivó en una teología alternativa: la encarnación del Espíritu Santo que su cuerpo de mujer hacía visible se conecta con una vertiente místico-contemplativa que remite a la palabra femenina de Dios y se abre a la imagen utópica de una Iglesia a cuyas riendas están las mujeres.

Juana de Arco

Juana de Arco murió en la hoguera en 1431, a los 19 años. En su caso, fue primero considerada hereje y luego elevada a los altares, no porque divinizara la feminidad, sino porque, al contrario, vestía ropa de hombre. El hábito indicaba una condición social y sustancial y el uso de ropas masculinas por parte de una mujer significaba para la Iglesia oponerse al orden natural por querer asumir tareas prohibidas. Juana no se dio por vencida porque para ella la indumentaria estaba muy ligada a la misión que quería cumplir más allá de su connotación sexual.

Las iluminadas

La Inquisición española prestó especial atención al movimiento de los *illuminati* (iluminados), en particular a las iluminadas, aquellas "videntes" que sumergidas en el amor de Dios reviven y predicán pasajes de los textos sagrados reelaborándolos a la luz de la propia experiencia espiritual

de acuerdo con las palabras de **Pablo**: "La letra mata, pero el Espíritu vivifica". Al frente de un grupo de iluminadas a principios del siglo XVI se encontraban dos figuras carismáticas unidas por la amistad y ambas pertenecientes a una familia judía conversa: **Isabel de la Cruz**, terciaria franciscana y predicadora, y **María de Cazalla**, mujer laica, madre de seis hijos y esposa de un rico burgués. Isabel fue detenida por la Inquisición de Toledo en 1524 y María de Cazalla en 1532, tras haber sustituido a su amiga al frente del grupo. Entre los iluminados se encontraba el humanista **Juan de Valdés** que desde España desembarcó exiliado en Italia tras la condena de su obra *Diálogo de la doctrina cristiana* (1529).

En Nápoles, desde 1534 hasta su muerte, dirigió un cenáculo de mujeres y hombres en busca de una dimensión interior de la fe en detrimento de las formas exteriores de los ritos. La participación de aristócratas en el valdesianismo fue numerosa, congregando a figuras como **Costanza d'Avalos**, **María d'Aragona**, **Isabella Bresegna** y sobre todo **Giulia Gonzaga** considerada su heredera espiritual.

Giulia Gonzaga

El *Alfabeto cristiano* (1545) nació de la relación espiritual entre Valdés y la condesa Gonzaga. Tras la muerte de Valdés, acaecida en 1541, la condesa se comprometió a difundir sus manuscritos y, a pesar de su pertenencia a la nobleza, no se salvó de una investigación por parte de la Inquisición también por sus relaciones con otro

exponente de la evangelización italiana: el humanista **Pietro Carnesecchi**. Sin embargo, murió "en olor de herejía" en 1566 antes de que pudiera tener lugar el juicio. Su casa fue registrada, su correspondencia incautada y Carnesecchi encarcelado, torturado y ejecutado al año siguiente.

Vittoria Colonna

La marquesa de Pescara, la poetisa **Vittoria Colonna**, estuvo bajo vigilancia por su relación con los reformadores que se habían dedicado a reflexionar sobre cuestiones de fe. Además de la presencia en el círculo de Giulia Gonzaga, solía ser invitada de la corte filo-protestante de **Renata de Francia** en Ferrara y tuvo intensos contactos con la comunidad de Viterbo que se reunía en torno al cardenal inglés **Reginald Pole** para discutir temas bíblicos y teológicos planteados por instancias luteranas. Mantuvo correspondencia con la escritora **Margarita de Angulema**, reina de Navarra, figura central de la reforma religiosa francesa en contacto con **Calvino** y **Melanchton**, y conoció bien a la culta duquesa **Catalina Cibo**, interlocutora privilegiada en los temas de la justificación del predicador capuchino **Bernardino Ochino**, quien pasó después a la Reforma protestante. Fue además la musa inspiradora de **Miguel Ángel**, también él perteneciente a su círculo de reflexión, y quien diseñó para ella una Piedad, un Cristo en la Cruz y un Cristo y la Samaritana en el pozo, inspirado en la experiencia de una íntima e intensa religiosidad marcada más por las dudas que por las certezas. ➔



De izquierda a derecha: Sebastiano Del Piombo, "Retrato de Giulia Gonzaga". Elisabeth Sophie Chéron, "Retrato de Jeanne-Marie Bouvier de la Mothe-Guyon". Anónimo, uno de los primeros retratos de Sor Juana de la Cruz, 1673, vestida con el hábito de la Orden de San Jerónimo.

Juana Inés de la Cruz

→ También acusada de soberbia fue la monja mexicana **Juana Inés de la Cruz** quien, además de por la poesía, se interesaba por las matemáticas, la astronomía, la música, la Sagrada Escritura y la teología. Entró en una disputa sobre la interpretación de un pasaje bíblico con un predicador portugués, el jesuita **António Vieira**. Al defenderse de la acusación de dedicarse al estudio de los textos sagrados, actividad no permitida a una monja, desarrolló su propia reflexión entretejiendo memorias autobiográficas (su pasión por los estudios) con referencias bíblicas y profanas (los modelos femeninos que se distinguieron por la sabiduría y la ciencia) y a las reflexiones histórico-doctrinales (el papel de la mujer en la historia de la Iglesia y la necesidad del estudio de la mujer por útil y ventajoso).

A través de los testimonios históricos extraídos de la vida de mujeres doctas, Juana defendió su derecho al estudio de la Biblia que debía ser autorizado y concedido a todos aquellos que tuvieran talento y virtud, mujeres y hombres. Para la religiosa mexicana, la interpretación bíblica partía

de una contextualización precisa del texto examinado. Por eso, según ella, la afirmación de Pablo de que "las mujeres callen en la asamblea" iba dirigida contra la costumbre practicada en la Iglesia primitiva y relatada por Eusebio por la que las mujeres se enseñaban la doctrina unas a otras en las iglesias. Como sus palabras perturbaban a los apóstoles mientras predicaban, se les ordenó que callaran. En 1692 Sor Juana se vio obligada a abjurar ante el tribunal de la Inquisición. Las presiones del confesor y de la Iglesia local la llevaron a entregar su copiosa biblioteca (más de cuatro mil volúmenes), sus instrumentos musicales y matemáticos al arzobispo **Aguiar y Seijas** para que los vendiera, y a dedicarse a una rigurosa vida ascética que en breve la llevaría a la muerte.

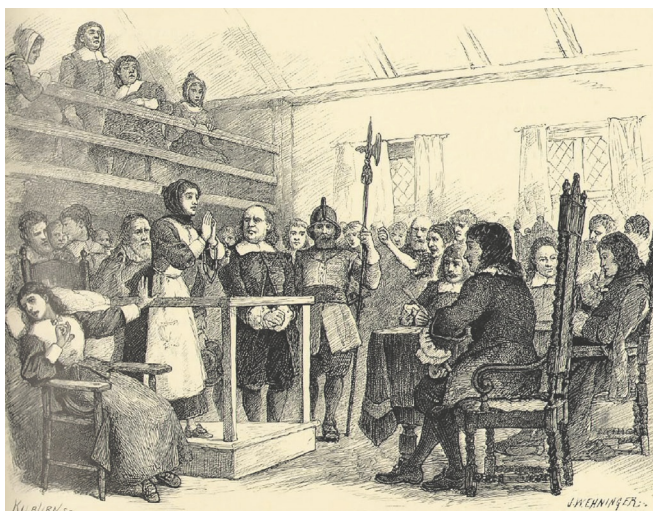
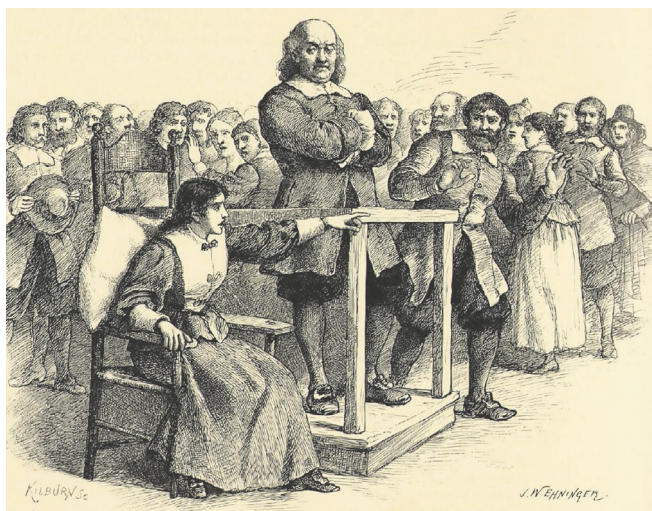
Jeanne Guyon

Parte de la inquieta corriente quietista incluía la historia de fe de la mística francesa Madame **Jeanne Guyon** (1648-1717) quien, a través de su frágil cuerpo, emprendió un "camino del intelecto y del corazón" como alternativa teológica a racionalismo.

Sentía que tenía un papel apostólico y la experiencia mística la convenció de que las mujeres, por sus características de humildad y disponibilidad, eran más idóneas para narrar las verdades divinas. Las experiencias concretas de la vida femenina le permitieron acercarse a la verdad no a través de conceptos, sino gracias a un itinerario de fe sapiencial. En ella, madre espiritual del abad **François Fénelon**, emerge la exaltación del sentimiento frente al racionalismo cartesiano, el abandono pasivo al amor de Dios que la vuelve impecable e indiferente a las obras externas y a las prácticas devocionales: "*Dios quiere ser amado, no conocido*". (*Les torrents spirituels*, 1682). En 1695 Madame Guyon fue arrestada, juzgada y enviada al exilio. En 1699 Fénelon fue condenado.

Las brujas de Salem

Adriana Valerio subraya que la caza de brujas no puede considerarse generalizada atribuyendo la culpa sobre todo a una región geográfica o a una confesión religiosa, ya que tanto la Iglesia católica como la protestante participaron "en este delirio colectivo". Causas locales acentuaron el fenómeno al mezclarse con motivaciones políticas y religiosas. Por ejemplo, sobre los valdenses y cátaros que se habían refugiado en los Alpes occidentales corrió el rumor de que se dedicaban a la brujería y, en consecuencia, en el Delfinado se intensificaron los juicios y persecuciones. A fines del siglo XVII desde Europa el fenómeno desembarca en las colonias de Nueva Inglaterra donde 144 personas fueron juzgadas y torturadas en Salem, Massachusetts. Fue un caso de histeria colectiva, como se comprobó posteriormente.



John Whetton, Ehninger, "Mary Walcott" y "Marta Coery", de Henry Wadsworth Longfellow, "Giles Corey of the Salem Farms" (1868).

La estauroteca de Constanza

El Museo de la Catedral de Valencia reivindica a la devota hija de Federico II

DE GIUSEPPE PERTA

El museo de la Catedral de Valencia, contiguo a la capilla de Santo Cáliz, se presenta al visitante como custodio de importantes reliquias cristológicas. Entre estas, hay una estauroteca neogótica de plata dorada decorada con gemas preciosas que datan del siglo XV y que contiene un fragmento de la Vera Cruz entregado por una mujer de linaje imperial. **Constanza de Hohenstaufen**, hija de **Federico II** y hermana del rey **Manfredo**, llegó a España tras un largo periplo por el que había sido protagonista de la política mediterránea desde niña cuando su padre la entregó en matrimonio al emperador de Nicea, **Juan III Ducas Vatatzes**. Nicea (hoy Iznik) fue una antigua ciudad de Anatolia, conocida por albergar el primer concilio ecuménico cristiano. Cuando la capital del Imperio Bizantino cayó en manos de los latinos después de la Cuarta Cruzada (1204), Nicea se convirtió en el centro del resto del imperio, donde los refugiados griegos se congregaron tras la estela de Juan el “Misericordioso”.

Constanza nació en 1231, hija ilegítima del Stupor mundi y **Bianca Lancia**. Apenas tenía diez años cuando se embarcó en dirección a Asia Menor. Parecen claras las circunstancias que llevan a Suabia a usarla como un peón más en la gran partida de ajedrez que era el tablero levantino.

Juan Vatatzes seguía ostentando el título de “basileus de los romanos”. Después de luchar contra **Balduino II de Constantinopla**, que estuvo al frente del imperio sostenido durante medio siglo por la Iglesia de Roma, Vatatzes estaba sentando las bases para la reconquista cuando, habiendo perdido a su primera esposa, encontró en los Hohenstaufen un aliado perfecto contra los enemigos comunes personificados por **Gregorio IX** y **Juan de Brienne**, suegro del propio Federico, que se había puesto al frente de las tropas papales con el objetivo de ocupar el sur de Italia.

Federico, a su vez, se había saltado sus acuerdos prematrimoniales al partir, tras muchas vacilaciones, a las Cruzadas con el objetivo de ocupar el trono de Jerusalén. Su clara política antipapal le impulsó a



tomar tal determinación. Poco le importó que su compañero de batallas fuera un bizantino cismático. El emperador suabo acabó apoyando todos los intentos de Nicea por reconquistar el Cuerno de Oro, aunque Vatatzes no sacó nada concreto de ello salvo la mano de la adolescente Constanza. El acuerdo de matrimonio selló la postura del opositor a la Iglesia, dispuesto a llegar a un acuerdo con un hereje, enemigo de los latinos de Constantinopla. Con motivo de la boda celebrada entre 1240 y 1241, Constanza tuvo que asumir el nombre de **Ana**, más propio de la corte bizantina y que se prestaba mejor al culto oriental. Por eso, se la conoce como **Ana de Nicea** o como **Constanza Augusta**.

Las historias sobre el vínculo entre Juan III y Constanza de Hohenstaufen están relacionadas con una encantadora dama de la corte de Suabia, a quien las fuentes latinas designan con el nombre de “Marquesita”. Se granjeó las atenciones del anciano basileus. La favorita del emperador

se ganó tanto los privilegios de primera mujer en la corte como los agravios de quienes, como el patriarca y algunos destacados religiosos –incluido el inflexible **Nicéforo Blemmides**–, manifestaron una firme indignación por el escándalo.

La *vexata quaestio* como era fácil de adivinar no perturbó las noches de Federico II, quien en una carta de 1250 se dirigió a Vatatzes, en términos casi afectuosos, informándole de las victorias en el sur de Italia seguro de que la noticia podría animar a su yerno. Pero en el juego político diplomático de aquellos años los escenarios cambiaron rápidamente. Y la diplomacia papal, a pesar de la persistencia del Cisma de dos siglos atrás, comenzaba a tejer un acercamiento a Nicea. Tales tramas irritaban a Federico quien nunca desaprovechaba la oportunidad de quejarse de ello en cartas donde, sin embargo, nunca dedicó ni una palabra a su Constanza/Ana. La muerte del Stupor mundi hizo el resto al sepultar la alianza greco-suaba, con todo lo que implicaba para Constanza. Cuando su marido también murió y fue sucedido por **Teodoro Láscaris**, la madrastra Constanza se convirtió en un precioso rehén de la corte bizantina hasta el punto de que, cuando **Miguel Paleólogo** usurpó el trono, trató de legitimar su posición a través de ella. Pero la firme oposición de su esposa **Teodora** y la resolución del patriarca de Constantinopla dispuesto a excomulgarle, le hicieron volver sobre sus pasos. Constanza resultó entonces ser una excelente moneda de cambio en el rescate de **Alejo Comneno Estratópulo**, un general de Nicea.

Constanza regresó al sur de Italia después de más de veinte años. Era 1262. No era un buen momento. Tras el descenso de los angevinos por el sur, la batalla de Benevento (1266), la huida del bastión sarraceno de Lucera y la muerte del rey, Constanza –que siendo mujer logró evitar lo peor– se retiró a la corte de la sobrina del mismo nombre, esposa de **Pedro de Aragón**. No tenía ni cuarenta años, pero portaba ya a sus espaldas una existencia llena de angustia y agitación, en contraste con la tranquilidad que viviría los siguientes más de cuarenta años en el Levante ibérico donde residió →

→ hasta 1313. En Valencia, la Augusta trajo como dote del Oriente cristiano no solo posesiones o rentas, sino también dos objetos de gran veneración que aún se conservan en la ciudad del Turia: una reliquia de Santa Bárbara y un fragmento de la Vera Cruz.

De la virgen de Nicomedia, decapitada por su padre según una hagiografía que alcanzó gran difusión en Occidente entre los siglos XIV y XV, Constanza portó consigo hasta Valencia una piedra de la que brotaría el agua que **Bárbara** utilizó para su bautismo. La reliquia aún se conserva hoy en día en la iglesia de San Juan del Hospital. Y en la misma iglesia, la capilla de Santa Bárbara, restaurada en estilo barroco, acoge una urna de madera del siglo XIX en la que destaca la inscripción: "Aquí yace D.a Constança Augusta Emperatriz de Grecia".

El legado más insigne de esta Constanza se encuentra en una disposición testamentaria confiada al testafierro **Enrique de Quintavalle**, hoy conservada en el Archivo Catedralicio. Tras pasar *pro tempore* a manos del arzobispo de Toledo, en 1326 el Lignum Crucis de Constanza enriqueció un tesoro que ya podía presumir de una Santa Espina donada por San **Luis IX**. Podemos intentar imaginar el camino de la reliquia que la invención eleniana desmembró en unos pedazos que recorrieron Constantinopla donde la Vera Cruz había sido confiada a **Heracio** que la había recuperado del persa **Cosroe**. Los siglos XI-XIII fueron un período de gran expansión del culto a la Vera Cruz, así como de la diseminación de muchos de sus fragmentos y de otras reliquias robadas de Constantinopla con motivo de la Cuarta Cruzada. Estos eventos aciagos alimentaron enormemente la veneración al Santo leño.

Excomulgados varias veces, su padre Federico y su hermano Manfredo no fueron precursores de la modernidad, sino simplemente hombres de su tiempo y hombres especialmente devotos y sensibles a la mística religiosidad que se estaba extendiendo. Como soberanos cristianos, fueron muy conscientes de su misión en el mundo. Mujer de su tiempo, igualmente, fue Constanza, un ejemplo de devoción en un sentido amplio. Cuando llegó a Nicea, acababa de recalar allí un pedazo de la Cruz desde Constantinopla. En él encontró un signo precioso de la misericordia divina al que se aferró, llevándolo consigo en la larga peregrinación que fue su vida.



La misión de Aziza: hablar con todos

Esta misionera comboniana es puente entre israelíes y palestinos

DE ALESSANDRA BUZZETTI

La cita es en un área de descanso de la carretera que va hacia el norte, a pocos kilómetros de uno de los puntos de control de la barrera que separa Israel de los Territorios Palestinos. Una veintena de mujeres se bajan de los minibuses que llegan desde Jerusalén y Tel Aviv. Son médicas, psicólogas, enfermeras e intérpretes. Son casi todas israelíes, judías, cristianas y musulmanas y dedican casi todos los sábados a la atención sanitaria palestina. Una vez al mes la misión se dedica exclusivamente a las mujeres de los pueblos que son en su

mayoría musulmanas. Por eso, un equipo exclusivamente femenino es más eficaz.

Al terminar las correspondientes presentaciones, la hermana **Aziza** saca una caja de bombones de su bolso. Es el cumpleaños de su amiga **Bettina Birmanns**, neuróloga de origen alemán, es una de las veteranas de las clínicas móviles coordinadas por Médicos Israelíes por los Derechos Humanos. "Está claro que no podemos hacer mucho, pero yo participo desde hace muchos años por un sentido de responsabilidad y solidaridad hacia quienes viven bajo la ocupación", explica Bettina antes de volver a subirse a la ca-

mioneta. Se necesita una hora y media de tortuoso camino plagado de curvas para llegar a la escuela en el pueblo cerca de Ramallah donde decenas de mujeres ya están en fila para esperar a los “médicos israelíes”. Sor Aziza es **Azazet Habtezeghi Kidane**, eritrea de nacimiento, comboniana de vocación y enfermera de profesión, y la única “extranjera” y cristiana del grupo. Habla árabe con fluidez y conoce muy bien la cultura palestina. Por eso, también se presta como intérprete a **Ziva Gotlibe**, una ginecóloga judía de Tel Aviv, durante la consulta del aula transformada en clínica. Atienden durante tres horas sin parar a mujeres embarazadas o con otros problemas, muchas veces calladas por pudor, miedo, ignorancia o desconfianza. “Hay casos de sufrimiento que duran años antes de que las mujeres hablen y busquen tratamiento, pero creo que lo más importante de estas clínicas móviles es la posibilidad de un encuentro entre dos mundos que, de hecho, no se conocen. Las doctoras israelíes escuchan mucho, se dan cuenta por sí mismas de cuál es la condición de los palestinos”, explica sor Aziza.

Se trata de puente entre israelíes y palestinos únicamente sanitario, sin otras implicaciones. En la habitación contigua a la de Aziza, Bettina visita a una niña con una patología compleja que requiere una cirugía multidisciplinar, imposible de realizar en los Territorios Palestinos. El diagnóstico requiere el ingreso en un hospital israelí. “Proporcionamos todos los contactos necesarios, pero la Autoridad Palestina debe pagar los costes, y esto sucede solo en casos difíciles”. **Khadeje**, la mano derecha del alcalde del pueblo vela por que todo vaya bien y sonríe con satisfacción porque en dos años de colaboración, cada vez más aldeanos acuden a ser examinados por este equipo defensor de los derechos humanos. “Dejemos de lado las diferencias religiosas y la política. En el centro solo hay médicos que dan atención gratuita a nuestra gente”, interrumpe Khadeje mientras de reojo controla la distribución de medicamentos y la llegada de pollo y arroz para ofrecerlo a sus invitados en el almuerzo. “Es uno de los momentos más hermosos, – dice Aziza –, porque compartimos el trabajo realizado y la experiencia vivida. Para algunas es la primera vez que vienen y otras, como yo, venimos todos los sábados”.

Una fidelidad que ha durado 12 años, desde el inicio de la misión en Tierra Santa de Azezet Kidane, de 64 años, monja comboniana desde los 20. Para vestir el hábito religioso se escapó de casa, literalmente.

Su padre quería casarla, pero Azezet sentía otro tipo de atracción. Durante los años de voluntariado en el orfanato de los combonianos de Massawa, intuyó que le gustaría dar su vida al servicio de los más necesitados. “Descubrí más tarde que en el origen de mi deseo de servir a los pobres estaba el deseo de servir a Dios”, explica Aziza recordando sus 40 años de misiones en Etiopía, Sudán, Londres, Tel Aviv. Va a encontrarse con su gente entre los rascacielos de las start-ups israelíes: los eritreos que huyen del país y de la guerra en Sudán del Sur que han caído en manos de bandas criminales que trafican con seres humanos en el desierto del Sinaí. Una trata que en 2008 llevó a miles de refugiados a la frontera sur de Israel, llegando en condiciones pésimas. Muchas mujeres llegaban embarazadas y pedían abortar. Los médicos de este grupo intentaron comprender la dimensión del infierno de violencia y abuso que habían sufrido.

La hermana Aziza se convirtió en su voz. Recogió más de 1.500 testimonios, ayudó a las mujeres a encontrar una razón para vivir y a las autoridades a seguir los pasos de la red de traficantes, muchos de los cuales eran ciudadanos eritreos, verdugos de auténticos campos de tortura. Las quejas de sor Aziza son tan indigestas para el gobierno de su país que no le renueva el pasaporte. Más de diez años después, la religiosa sigue siendo una persona *non grata* en su tierra natal. Con la construcción en 2013 del muro de separación israelí en la frontera sur con Egipto se puso fin a la emergencia migratoria, pero no terminaron las necesidades de las mujeres acogidas por Sor Aziza. Hoy, 450 madres jóvenes participan del proyecto Kuchinate que puso en marcha en 2011 esta religiosa junto a una psicóloga israelí. El ganchillo es el principal instrumento de trabajo de estas mujeres, sin estatus legal en Israel. Sus prendas las venden para ganarse el pan de cada día y sentirse de nuevo como seres humanos, queridas y amadas.

“Cuando las Naciones Unidas decretaron el fin de la emergencia en el Sinaí, también terminaron las ayudas para nuestro hogar de acogida. Estas mujeres son solicitantes de asilo, pero sin derecho a servicios sociales y de salud. Están como en un limbo”, lamenta Aziza, que viaja entre Tel Aviv y Jerusalén, donde vive con su comunidad. Dos italianas, dos mexicanas, dos españolas y una etíope. “El carisma comboniano está muy ligado a Tierra Santa porque san Comboni vino aquí antes de la misión en África. Nos sentimos como en

casa en una tierra que tiene mucha necesidad de reconciliación, herida por antiguos traumas, hecha de fronteras en disputa. Lo hemos visto en nuestra propia piel al toparnos con el muro de separación en el jardín. Tuvimos que tomar una decisión”, explica sor **Alicia Vacas**, la provincial. Basta con subir a la terraza para entender por qué. El muro rodea la propiedad de las monjas y hace de frontera con el jardín de infancia de los niños de Betania. Para llegar al pueblo de **Lázaro, Marta y María**, a pocos metros en línea recta, ahora hay que recorrer 25 kilómetros. “También dividimos nuestra comunidad en dos y dos hermanas se fueron a vivir allí”, cuenta sor Alicia.

Aziza vivió allí hasta hace un año, cuando coordinaba las actividades con las comunidades beduinas dispersas en el desierto entre Jerusalén y Jericó. Veintiséis aldeas formadas por chozas en peligro constante



de ser arrasadas por excavadoras israelíes. Explica que “son los más miserables y necesitados de Tierra Santa. No tienen nada. Empezamos a trabajar con ellos porque eran los más abandonados. Desde un principio nos pidieron educación para darles un futuro a sus hijos”. Hoy hay unos siete jardines de infancia en los pueblos y más de una joven se ha graduado. Otras se han hecho maestras, enfermeras o peluqueras. Incluso una es taxista. “Para no depender de los varones de la familia, invirtió sus pocos ahorros en comprar un coche. Fue el primer paso que la ayudó a renunciar a la propuesta de matrimonio de uno de sus primos y así evitar los frecuentes problemas genéticos entre ellos. Se casó con un joven de Hebrón y se mudó allí. Nuestra tarea es sembrar, con paciencia. Dios es el que hace nacer los frutos”, concluye sor Aziza.

Un día Dios decidió asomarse desde el cielo para ver cómo iban las cosas en la Tierra. Inmediatamente notó que Londres había cambiado mucho desde la última vista y que Egipto no era en absoluto como lo recordaba. Pero Yemen... bueno, —sonrió Dios—, Yemen no ha cambiado nada desde el día que lo creé”. Escucho esta antigua leyenda mientras un paisaje lunar fluye ante mis ojos cuajado de grandes cráteres grises que descienden hacia la inmensa playa desierta. El silencio se ve solo roto por el lento romper de las olas y el graznido de las gaviotas. No se ve una casa ni, a decir verdad, ningún otro signo de vida humana hasta donde alcanza la vista. Estamos en la costa sur de Yemen y parece que nada ha cambiado desde el primer día de la Creación. Pero es dudoso que hoy Dios pueda sonreír complacido al ver este paisaje porque esta arena blanca esconde un terrible secreto.

Esas piedras volcánicas esparcidas por la playa no están ahí por casualidad, sino que señalan la presencia de fosas comunes. Docenas y docenas de cuerpos de hombres, mujeres, niños. Los somalíes que huían de su país en pequeñas embarcaciones, que morían al cruzar el golfo de Adén, a menudo se ahogaban a pocos metros de la orilla porque no sabían nadar. Los pescadores de un pueblo cercano los enterraban cavando grandes hoyos en la playa. Por el número de piedras negras podemos hacernos a la idea de cuántos cadáveres reposan allí. “Veinte piedras, veinte cuerpos...”, explica **Aoud**, un joven yemení que nos acompaña en el lugar. “No se pudo hacer más porque sus rostros eran irreconocibles y sus documentos se perdieron en el mar”. Enterrados sin nombre ni lápida, sus seres queridos nunca tendrán un lugar para llorarlos. Escucho la historia del último naufragio y me pregunto cómo es posible que tanto dolor conviva con tanta belleza. De niño solo podía pensar en la guerra en blanco y negro, bajo un cielo oscuro, el aire frío y la tierra sucia. Incluso ahora me cuesta imaginar que algunos jóvenes de la edad de mi hijo hayan muerto peleando en un campo en flor, asustados, bajo un cielo azul y un aire suave y cálido. O que jóvenes como **Amhal**, con el que jugué unas horas antes en un campo de refugiados, se hayan ahogado en un mar tan hermoso y ahora estén ahí debajo, cubiertos de arena.

Las religiosas mártires de Yemen

El ISIS asesinó en 2016 a cuatro misioneras de la Caridad

DE LUCIO BRUNELLI
lucio Brunelli.com

Es 12 de marzo de 2008. En Yemen nos toca hacer un reportaje con **Andrea Martino** para *Tg2Dossier* sobre este país suspendido entre el cielo y el infierno. En esta ocasión me encuentro con las hermanas de la Madre Teresa de Calcuta, en sus hogares de Saná y Adén, donde acogen a personas pobres con discapacidades físicas o mentales, incluidos algunos refugiados



somalíes. No puedo olvidar la sonrisa de aquellas monjas, la sensación de profunda paz que transmitían. En marzo de 2016, ocho años después de mi viaje a Yemen, el refugio de Adén fue atacado por un comando de hombres armados, probablemente terroristas islámicos, que mataron a cuatro de las cinco monjas y a dieciséis voluntarios que asistían a los ancianos. Todas las víctimas fueron encontradas con las manos atadas y una bala en la cabeza.

Yemen aún no se había sumido en una guerra civil pero nuestro viaje, organizado por ACNUR, la agencia de la ONU para los refugiados, ya se consideraba peligroso debido a los frecuentes secuestros de extranjeros y la presencia de células activas de Al Qaeda. Una de las rutas que tuvimos que tomar para atravesar el país de norte a sur es la llamada carretera Bin Laden, construida por el padre de **Osama Bin Laden**, el ideólogo del atentado a las Torres Gemelas. Nos vimos obligados a

viajar escoltados, acompañados por una camioneta con una gran ametralladora. Eran todas precauciones necesarias porque un convoy de la ONU había sido objeto de disparos recientemente.

El primer encuentro con las misioneras de la caridad fue en la capital, Saná. Cuando cruzas las murallas de la ciudad vieja pierdes el sentido del tiempo, te transportas a un mundo de cuento de hadas con esos coloridos edificios que parecen de cartón y, en cambio, son de barro con las fachadas de barro blanco y las balcones tallados que parecen un encaje de bolillos. Se comprende entonces por qué **Pier Paolo Pasolini** estaba fascinado por este lugar hasta el punto de que llegó a filmar un documental sobre las antiguas murallas de Saná para llamar la atención de la UNESCO. Pasolini fue el primer escritor en descubrir a la Madre **Teresa de Calcuta**. Antes que muchos cardenales de la Curia o que la prensa católica, él la conoció en 1961 en Calcuta cuando el

nombre de la monja albanesa aún no decía nada a los medios internacionales. Le llamó la atención “su dulce mirada” y su “bondad sin sentimentalismos sino serena y poderosamente práctica”.

Eran las mismas cualidades humanas que iluminaban la mirada de las monjas en la casa de Saná donde albergaban a una veintena de personas abandonadas, “los más pobres de los pobres”, como quería la Madre Teresa. El edificio no mostraba ningún símbolo de la fe cristiana en el exterior. Este detalle había llamado la atención de algunos colegas. Querían hacer decir a las religiosas, —unas indias, otras africanas—, lo que no podían decir y es que el país que habían elegido para dar testimonio del Evangelio, Yemen, era un país difícil, con una historia intrincada entre el Islam y el marxismo, y en esa situación no era prudente exhibir los signos de la fe cristiana en público. Eran muy conscientes de los peligros que corrían.



Recuerdo la reacción de un colega que insistía, con tono casi de reproche, preguntando qué sentido tenía entonces para las misioneras quedarse en ese lugar si no podían “evangelizar”. Como si evangelizar significara hacer prosélitos y no dar testimonio de la propia fe con la propia vida, incluso en los lugares más hostiles, confiando al buen Dios la eventual conversión de las personas encontradas. En esta discusión había perdido de vista a mi intérprete, un somalí de religión musulmana. Empecé a buscarlo y lo encontré sentado en una cama hablando con una anciana, huésped de la casa de las Misioneras de la Caridad. El hombre tenía los ojos bañados en lágrimas. Le pregunté qué pasaba, por qué lloraba. Solo murmuró algunas palabras y sacudió la cabeza. Después de unos minutos se recuperó y me dijo que esa mujer era somalí como él: “La tratan como a una reina. Solo me dijo eso, que las monjas la tratan como a una reina”.

Muchos años antes, la mujer había huido de Somalia. Había sido víctima de la violencia y había tenido que llorar la muerte de muchos familiares, víctimas de la guerra civil. Había conseguido llegar hasta Yemen después de cruzar el golfo de Adén en un bote de goma, pero luego, después de vagar sin rumbo fijo y sin ninguna ayuda, su vida se había hundido cada vez más en la depresión y la brutalidad. Un desastre humano. Las monjas la habían recogido de la calle. Y la habían tratado como si a sus ojos fuera la persona más importante del mundo, “una reina”, como no dejaba de repetir asombrado el intérprete. Ahora estaba bien cuidada, más serena, fuera de la oscuridad y llena de gratitud.

El segundo encuentro con las Misioneras de la Caridad tuvo lugar en la ciudad portuaria de Adén. Nos reunimos en la



Iglesia de la Sagrada Familia en el barrio de Crater, la iglesia más antigua de Adén. Las religiosas con el sari blanco ribeteado de azul nos saludaron con su habitual sonrisa. Podrían haber compartido pensamientos y problemas con nosotros sobre su precaria seguridad. En cambio, prefirieron transmitirnos su alegría, cuya fuente radica en la relación con Cristo.

Al salir de la iglesia, conocimos a las únicas tres familias cristianas yemeníes de Adén. En toda la ciudad había solo trescientos católicos, en su mayoría extranjeros, inmigrantes filipinos o indios. También había una presencia muy pequeña pero conmovedora de católicos nativos. Las mujeres llevaban tatuadas las manos al estilo árabe. El rosario y la henna. Cuando viajé a Oriente Medio, a África o América Latina siempre me impresiona ver cómo el cristianismo puede extenderse y expresarse en todas las culturas asumiendo sus rasgos particulares sin distorsionarse.

Esas mujeres católicas yemeníes nos dijeron que habían recibido la fe de sus padres quienes, a su vez, la habían recibido de sus abuelos. Junto a ellas estaban las hermanas de la Madre Teresa, alegres. No recuerdo sus nombres. No sé si esas monjas eran las que estaban en Adén cuando a las ocho de la mañana del 4 de marzo de 2016, mientras servían el desayuno a sus pobres, una manada de bestias humanas irrumpió en su hogar y ejecutó a cuatro de las cinco misioneras (una logró esconderse y sobrevivió) y dieciséis voluntarios inocentes. Las asesinadas se llamaban hermana **Annselna**, hermana **Judith**, hermana **Margarita** y hermana **Reginette**. Una era de nacionalidad india y las otras tres africanas.

Antes del crimen, hubo ya señales de un peligro inminente. El año anterior, la iglesia de Crater había sido saqueada

y luego incendiada. La condición de las religiosas se había vuelto más difícil con la guerra civil que estalló a principios de 2015. Las Misioneras de la Caridad eran la presencia más indefensa, el blanco más expuesto a la locura integrista. Decidieron no salir del país. Permanecieron en Adén.

El texto de la carta fue revelado por Tv2000 el 12 de marzo de 2016. Supuso para mí una profunda emoción descubrir la existencia de esa carta y poder difundirla:

“Cada vez que los bombardeos se hacen pesados nos arrodillamos ante el Santísimo expuesto, implorando a Jesús misericordioso que nos proteja a nosotros y a nuestros pobres y conceda la paz a esta nación. No nos cansamos de llamar al corazón de Dios, confiando en que todo esto tendrá un final. Como la guerra sigue, nos toca ir calculando cuánta comida necesitaremos. Los bombardeos continúan, hay tiroteos por todas partes y tenemos harina solo para hoy. ¿Cómo vamos a alimentar a nuestros pobres mañana? Con amorosa confianza y total abandono, las cinco corremos hacia la casa de acogida, aunque los bombardeos sean intensos. A veces nos refugiamos bajo los árboles pensando que esta es la mano de Dios que nos protege. Y luego corremos de nuevo rápidamente para llegar hasta nuestros pobres que nos esperan tranquilos. Son muy ancianos, algunos ciegos, otros con discapacidades físicas o mentales. Inmediatamente comenzamos nuestro trabajo limpiando, lavando y cocinando los últimos sacos de harina con las últimas botellas de aceite, tal como la historia del profeta Elías y la viuda. Dios nunca puede ser superado en generosidad mientras permanecemos con Él y sus pobres. Cuando los bombardeos son fuertes nos escondemos debajo de las escaleras, las cinco siempre unidas. Juntas vivimos, juntas moriremos con Jesús, María y nuestra Madre”.

En una entrevista con Donne Chiesa Mondo de abril de 2020, el cardenal Marc Oullet, prefecto de la Congregación para los Obispos, dijo que se necesitaban más mujeres en la formación de sacerdotes. Subrayó que “pueden participar de muchas maneras como, por ejemplo, en la enseñanza teológica y filosófica o en la enseñanza de la espiritualidad. Pueden formar parte del equipo de formadores, especialmente, en el ámbito del discernimiento vocacional. En este campo necesitamos la opinión de las mujeres, su intuición, su capacidad para captar el lado humano de los candidatos y su grado de madurez emocional o psicológica. En cuanto al acompañamiento espiritual, las mujeres pueden ser de ayuda, por supuesto, pero creo que es mejor que un sacerdote acompañe a un candidato al sacerdocio. En cambio, las mujeres pueden acompañar la formación humana, aspecto que, en mi opinión, no está suficientemente desarrollada en los seminarios. Es necesario evaluar el grado de libertad de los candidatos, su capacidad de ser coherentes, de establecer su programa de vida, y también su identidad psicosocial y psicosexual”.

Yo, que predico a sacerdotes y seminaristas

De joven nunca pensé que las mujeres pudieran colaborar en la formación de los sacerdotes. No es que lo hubiera excluido conscientemente, pero el hecho es que esa posibilidad nunca se me había ocurrido. Crecí en una familia católica y bebí de la forma en que mis padres se dirigían a los sacerdotes. Era un trato cariñoso y siempre muy respetuoso, pero nunca simétrico. Para ellos era como si el sacerdote estuviera siempre en un escalón más alto. Predicaba, guiaba espiritualmente y formaba. Y nosotros, pueblo fiel, lo seguíamos y lo apoyábamos. Pero la asimetría era obvia.

Cuando tenía quince años, mi hermano, —siempre mi adoración—, se fue al seminario. Su marcha fue un tremendo shock. De ese terremoto familiar, quiero destacar aquí una cosa: de alguna forma, comencé a mirar a los sacerdotes de otro modo. Entendía que estaban hechos de carne y hueso como mi propio hermano, llenos de debilidades y fragilidades y, al mismo tiempo, de grandes deseos. Eran simplemente hombres que intentaban seguir un llamado que los superaba infinitamente. Para mí, los sacerdotes se volvieron más humanos, más como yo.

Muchos años después comencé a estudiar la licenciatura en filosofía en una universidad pontificia. Mis compañeros eran todos seminaristas o sacerdotes y yo era la única mujer. Estar sentada en la misma aula rompió la asimetría que siempre había experimentado con ellos. Allí éramos todos iguales. Poco a poco, mis compañeros de clase empezaron a pedirme consejo sobre algunos asuntos personales. Uno me habló de su familia, el otro me preguntó cómo vivir una amistad o cómo manejar sus emociones. Después me preguntaban sobre la vida de oración, sobre el discernimiento... Sin darme cuenta, me convertí en la “hermana mayor” de todos. Cada vez se presentaban ante mí más vulnerables y esta apertura fue a más. Este hecho suscitó no pocas perplejidades entre los formadores. No sabían cómo va-

DE MARTA RODRÍGUEZ

Una docente relata en primera persona cómo forma al clero desde hace tres años

lorarlo. Algunos, si bien reconocían que yo había sido de ayuda en algunos casos, no veían con buenos ojos este tipo de relación que, en su opinión, podía menoscabar la identidad sacerdotal. Otros pensaron que yo podría convertirme en un peligro para ellos. Un rector incluso me comentó que como los seminaristas hablaban mucho conmigo, seguro que alguno se enamoraría de mí. A lo que respondí que si esto hubiera pasado también se podría haber convertido en una gran oportunidad: ¡la de aprender a desenamorarse! En mi opinión, esto también podría ser útil en su vida.

Esos años de estudio junto a seminaristas y sacerdotes, a pesar de las dificultades y algunos contratiempos, sirvieron para bajar las defensas. Un día, por insistencia de un grupo de seminaristas, di una conferencia sobre formación afectiva dentro de sus seminarios. Asistieron algunos formadores. Creo que ese fue el comienzo del cambio de rumbo: de ser una figura un tanto sospechosa para ellos, pasé a ser una aliada y finalmente una colaboradora. Los formadores se dieron cuenta de que el enfoque femenino de los temas afectivos era decididamente diferente al de ellos y que, por tanto, mi perspectiva enriquecía mucho el conjunto. Empezaron a invitar me a dar conferencias cortas, luego cursos más largos. Animaron a los seminaristas a





pedirme una opinión o a hacerse acompañar por mí en ciertos aspectos personales.

Al poco tiempo me invitaron a conducir por primera vez una jornada de formación afectiva para sacerdotes, a formadores de sacerdotes. Me llamó la atención su confianza y sencillez al compartir sus dificultades, dudas y preguntas. Desde entonces, he sido invitada puntualmente a celebrar esta jornada formativa para todos los formadores de sacerdotes de una congregación religiosa. Ya llevamos seis ediciones. Poco a poco he ido ganando experiencia y confianza. Escuchando a seminaristas y sacerdotes descubrí algunas inquietudes fundamentales de su corazón, ciertas necesidades, bloqueos habituales, miedos, motivaciones y recursos. No estoy segura de cuándo o cómo se corrió la voz, pero comenzaron a multiplicarse las invitaciones para predicar a sacerdotes y seminaristas de diferentes congregaciones y diócesis, en Italia, España, Colombia, México y online en otras partes del mundo. De este último curso escolar, recuerdo grandes ocasiones.

En septiembre dirigí dos sesiones formativas a todos los sacerdotes de la diócesis de Monterrey, México. El tema fue el papel de la mujer en la Iglesia y el trato de los sacerdotes con las mujeres. En la convicción de la urgente necesidad de vivir relaciones de reciprocidad y colaboración entre hombres y mujeres en una Iglesia sinodal, traté de señalar algunos obstáculos y dificultades frecuentes tales como los prejuicios, los miedos, los bloqueos o las inseguridades. El cardenal consideró que se trataba de una formación fundamental para sus sa-

cerdotes, dada la cultura machista en la que están inmersos, y por ello dio una indicación clara: la formación era obligatoria. Participaron todos los sacerdotes y diáconos de la diócesis: un total de más de 440. A pesar de algunas resistencias iniciales, encontré una audiencia abierta que acogió el mensaje. Me llamó la atención descubrir esta apertura incluso en sacerdotes bastante ancianos, que fueron formados de una manera muy diferente.

En noviembre de 2021 me invitaron a predicar los ejercicios espirituales a los seminaristas del seminario patriarcal de Venecia. Tres años antes había predicado el retiro de Cuaresma a todos los sacerdotes de la diócesis y también a los seminaristas. La relación se ha mantenido en el tiempo y ello dio pie a esta otra hermosa oportunidad. Por primera vez, era una mujer la que predicaba sus ejercicios espirituales. En febrero de este año fui a México. En Monterrey desarrollé distintas actividades formativas, una vez más, dirigidas a seminaristas, religiosos y sacerdotes de la diócesis. De nuevo, me llamó la atención su apertura y confianza, la sencillez con la que pedían consejo y se dejaban ayudar. Desde hace dos años soy, oficialmente, colaboradora del equipo de formadores de un seminario. Estoy presente en su vida ordinaria (algunas comidas, momentos de convivencia, actividades litúrgicas), colaboré en la elaboración de su programa de formación, me suelen invitar a predicar y es común que los seminaristas y también los sacerdotes me pidan opinión sobre distintos aspectos de su formación.

En los últimos años he descubierto que los sacerdotes y los seminaristas acogen mejor ciertas reflexiones cuando las propone una mujer. Me he dado cuenta de que puedo cuestionar y plantear muy claramente sin ofender nunca. Puedo meterme en sus heridas sin que se sientan humillados, sino al contrario, se sienten aliviados. En concreto, me llama la atención el efecto que les produce abrirse a una mujer sobre las dificultades de la pureza. Es casi una especie de exorcismo en el sentido de que el mal pierde mucho de su veneno. He visto que mi presencia de mujer les ayuda a conectar cabeza y corazón y a encontrarse con Dios, no eliminando, sino acogiendo sus emociones. He encontrado que el hablar conmigo equilibra y hace florecer su masculinidad. Estoy convencida de cuánto necesitan aprender a recibir el afecto puro de una mujer y a distinguirlo de otros afectos menos sanos o más ambiguos. He visto cómo la sensibilidad y la perspectiva femeninas enriquecen su vida espiritual.

Finalmente, estoy convencida de que los sacerdotes necesitan de las mujeres y de los laicos en general en su camino formativo tanto como necesitamos nosotros de su figura sacerdotal. La idea de la asimetría entre los sacerdotes y el pueblo que yo tenía de niña es algo ya muy lejano. He descubierto que esta mutua necesidad y colaboración está mucho más en línea con la visión antropológica y eclesiológica madurada en el Concilio Vaticano II. Y me siento muy afortunada de poder seguir caminando con mis queridos sacerdotes y seminaristas, como una hermana.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento